

POR EL CAMINO DE LA COMUNIDAD (2ª PARTE)

La comunidad de “Los Pelos”

Pedro José Gómez

Hace ahora unos 33 años un grupo de amigos y amigas melencidos del barrio de Aluche que frecuentábamos la parroquia de San Gerardo -animada por religiosos redentoristas- y participábamos en varios grupos de confirmación, iniciábamos un camino que algunos aún recorreremos -con mucho menos pelo- en el barrio de Pan Bendito, vinculados a la parroquia de San Benito, en la que se encuentra una comunidad salesiana. Si resulta difícil explicar la Santísima Trinidad, no lo es menos contar nuestra historia de amor en 1.500 palabras.

1. ¿Cuál ha sido el camino recorrido hasta ser comunidad?

Curiosamente, nuestro grupo llevó la contraria a todos los sabios consejos que yo mismo he dado cuando he escrito sobre pastoral de juventud: apenas hubo proceso





catecumenal, pertenecíamos a grupos de fe distintos, nadie nos acompañó como catequista, no asistimos a “movidas” eclesiales fuertes (Taizé, Pascuas, Camino de Santiago...). **En el origen, con 16 años,** se dio una enorme amistad “laica” generada porque, el núcleo inicial, preparábamos quincenalmente un periódico mural –“El amorfo vespertino”- para nuestra clase del colegio Gamo-Diana y, con este motivo, nos veíamos mucho; nos ayudábamos con los estudios; celebrábamos cumpleaños; organizábamos “guateques”, ligábamos y realizábamos excursiones.

Por **pura casualidad** algunos asistimos a una reunión de jóvenes de la vicaría VII en la que José Ramón Urbietta - entonces delegado de Pastoral de Juventud de Madrid- desarrolló el tema titulado: “Del grupo de jóvenes a la comunidad cristiana” y en el que planteó que la vida cristiana adulta tenía que vivirse comunitariamente o que acabaría diluyéndose. La radicalidad de su planteamiento, tan alejado de lo que imaginábamos podría ser una vida adulta “convencional”, generó en nosotros un doble sentimiento: el “dominante”, de temor; el “recesivo” de atracción. Asustados, decidimos poner en marcha una iniciativa que, a la postre, resultó trascendental: crear, “simplemente”, un grupo de oración.

Aunque resulte difícil de creer, durante el curso de tercero de BUP (**1º de Bachillerato** actual) nos juntamos a **rezar al salir de clase** (no confundir con otra “serie”) todos los lunes, miércoles y viernes de 17 a 18 horas a “palo seco”: sin lectura prevista, sin preparación, sin cánticos, sin animador... Abríamos el Nuevo Testamento al azar, leíamos una o dos páginas, hacíamos media hora de silencio (30 minutos) y pasábamos otros tres cuartos de hora “lanzándonos homilias



unos a otros” tras lo cual rezábamos un Padrenuestro. Pues bien, algo ocurrió. La sistemática **lectura del Evangelio** realizada por un grupo de gente tan joven, compartiendo su vida a fondo, en el clima crítico y utópico de la transición hizo que el “miedo a la comunidad” se fuera convirtiendo en un “¿Por qué no nosotros?”.

Así, a finales de curso, tuvimos una **convivencia** “emocionalmente explosiva” en la que cada miembro del grupo practicó –por exigencias del guión– un “desnudo integral de su alma”, compartiendo los acontecimientos positivos y negativos más importantes de su vida, así como sus sueños de futuro. De ella, surgió la idea de plantearnos quién desearía formar parte de una comunidad cristiana. Con esos deberes nos fuimos de vacaciones: cada uno tenía que pensar cómo sería la comunidad en la que le gustaría participar o si no quería formar parte de ese proyecto. En el inicio de COU (2º de Bachillerato actual), una parte del grupo iniciamos la **aventura**. Desde ese momento y, hasta ahora, nos hemos sentido plenamente comunidad cristiana, sin transición alguna. Aunque, posteriormente, la incorporación de nuevos miembros al grupo se realizó de un modo progresivo, instaurando un pequeño “noviciado” o año de prueba.

2. Algunos rasgos característicos de nuestra comunidad

Nuestra comunidad se ha caracterizado siempre por intentar compartir a fondo una **vida centrada en el seguimiento de Jesús**, integrando, al mismo tiempo, una gran diversidad de situaciones vitales (solteros y casados; con hijos y sin ellos; con discapacidades distintas; con ritmos de fe y compromiso dispares; con dudas y certezas, con situaciones laborales muy diferentes, etc.). Entre nosotros **el**

verbo compartir conjuga todas las facetas de la vida, en la medida de nuestras posibilidades: acontecimientos, sentimientos, decisiones, ideas, profesiones, familias, carencias, economía, acciones, etc. Aquí se encuentran dos de las mayores riquezas y dificultades de la vida comunitaria: la interdependencia y la comunicación profunda. Cuando tu vida depende en cierta medida de la de los demás y cuando te arriesgas a comunicar tu intimidad, puedes sentir lo mejor y lo peor. Lo mejor, cuando puedes contar con otros en tus dificultades o cuando experimentas la aceptación incondicional. Lo peor, cuando el **conflicto de intereses bloquea los proyectos personales** o cuando tus sentimientos profundos no son comprendidos o respetados. Con todo, hemos ido haciendo comunidad **mezclando “amor” y “humor”** en dosis parecidas. La ironía y la capacidad de reírnos un poco de nosotros mismos han sido herramientas clave para superar muchas crisis.

Desde el inicio de esta travesía y hasta la actualidad, mantenemos que la comunidad cristiana consiste en **compartir cinco dimensiones: la oración, la fraternidad, la formación, el compromiso y la celebración**. Por eso, rezamos juntos un día a la semana (miércoles); tenemos otra reunión de formación, revisión de vida y organización otro día (lunes) que incluye la cena; ponemos en común una parte importante de nuestros ingresos; cada persona de la



comunidad se compromete social y/o eclesialmente de acuerdo a sus capacidades; participamos de las eucaristías de nuestra parroquia (San Benito) y, de vez en cuando, tenemos alguna de grupo pequeño o del perdón, celebramos trimestralmente los cumpleaños acumulados de los miembros de nuestras familias y realizamos dos o tres salidas de fin de semana al año (una de oración –muchas veces al monasterio de Buenafuente-, otra de formación –con las comunidades de ENCOMÚN- y otra de turismo).

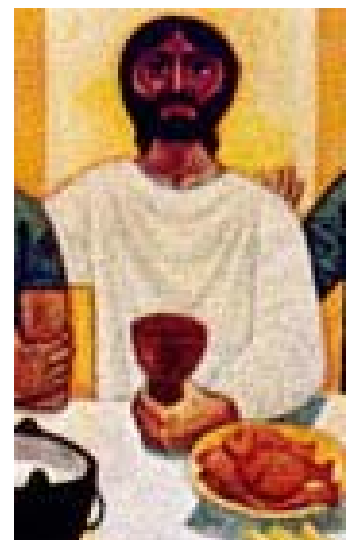
Los modos concretos en los que se han plasmado estas cinco facetas comunitarias han cambiado con el tiempo, pero no la convicción de que, para que algo sea una verdadera comunidad, son necesarias todas, ni el presupuesto de que los miembros de la misma consideren el Evangelio como el criterio determinante en la configuración de sus proyectos de vida. Al mismo tiempo, la vinculación al barrio de Pan Bendito -decisión tomada cuando terminábamos nuestros estudios y antes de iniciar la vida adulta- ha marcado profundamente lo que hacemos y lo que somos.

Hemos tenido la suerte de convivir con personas muy humildes pero llenas de valores y de conectar en directo con la pobreza, la injusticia, la violencia y el dolor, lo que nos ha proporcionado una forma de ver la vida muy alejada de la predominante en nuestra sociedad. También damos gracias a Dios por el espíritu de acogida, cariño, libertad, creatividad, participación y sentido del servicio que hemos encontrado en la parroquia del barrio. Así como por la pertenencia a la coordinadora de comunidades cristianas ENCOMÚN que, en su momento, contribuimos a crear. Han sido dos manantiales para nuestra fe.

3. ¿Cómo experimentamos los valores de una comunidad cristiana?

No resulta fácil describir en dos palabras una vivencia tan profunda, pero podemos intentarlo. Para nosotros, los demás miembros de la comunidad son, literalmente, “de la familia”, “pueden contar conmigo y yo con ellos en cualquier situación”, “me han abierto la puerta de su vida y yo a ellos”, “tenemos una palabra que decir en la vida de cada uno”, “nos ayudamos mutuamente a crecer y a orientar mejor nuestras opciones desde los valores de Jesús”, “nos hemos dado el derecho a corregirnos unos a otros con amor”, “hacemos proyectos comunes de justicia o evangelización”, “ejercemos la solidaridad económica entre nosotros y hacia fuera”, “soñamos juntos el mundo que Dios quiere”, “interpretamos el mundo desde la fe”, “comunicamos nuestros problemas y nos echamos una mano para afrontarlos”, “experimentamos que hay más felicidad en compartir que en competir o en triunfar”, “tratamos de encarnar algunos valores contraculturales: perdón, sencillez, servicio, cooperación, iniciativas económicas alternativas”, “intentamos aceptarnos y querernos aún siendo muy distintos”...

Pero, también, ser comunidad es **experimentar los límites**: “defraudar a veces las expectativas de los demás o ellos las mías”; “dejarnos colgados en más de una ocasión”; “sufrir por las diferencias de planteamientos o ritmos de los demás hermanos”; “constatar que no nos aceptamos del todo o que nos tenemos manía por tener criterios o caracteres distintos”; “guardar la ropa en el compartir” o “no poner toda la



carne en el asador”; “lanzar la piedra y esconder la mano, juzgándonos mutuamente”, “comprobar, tantas veces, que nuestros comportamientos no nacen del Evangelio sino de nuestras heridas: complejos, egoísmo, deseo de mandar o destacar, rigidez moral o mental, envidias, celos, comparaciones, etc.”.

Donde hay mucho amor, **también hay dolor**: el de que te hagan daño donde más te duele porque te conocen muy bien y viceversa; el derivado de los abandonos o rupturas que se viven como verdaderas “amputaciones” o “divorcios”; las pérdidas derivadas de que el principio de la realidad se impone a algunas de nuestras ilusiones. En ocasiones, sentimos que la fe flojea, haciendo tambalearse nuestra pequeña barca, o asumimos e imponemos un ideal de comunidad que se convierte en opresor para nosotros mismos. Pero tener, aceptar y compartir estas debilidades no es ser menos, sino más comunidad cristiana.

Por ello, desde hace muchos años nuestro sentimiento dominante es de gratitud. “Con la que está cayendo”, tener unos hermanos con los que hacer el camino de la vida es un regalo extraordinario. Hacer comunidad cada día es un verdadero milagro en su doble sentido: sociológico y teológico. Dios hace posible que sigamos creyendo y disfrutando de este género de vida que apunta al anhelo de fraternidad que habita en todo ser humano. Y es una alegría inmensa ver como nuestros hijos están deseando que nos juntemos, que se tratan entre sí como hermanos, que nos preguntan por el miembro que falta a la reunión, que sufren si tenemos problemas y que piensan que “lo normal” es vivir así y hacer las cosas que hacemos.

Desde nuestra pequeñez, también hemos experimentado la **necesidad de abrirnos**: en muchas de las actividades animadas por la comunidad –oraciones, temas formativos, celebraciones, acciones sociales- participan muchos familiares, amigos y amigas que nos enriquecen mucho. Su cariño y apoyo son hoy cruciales para nosotros.

Quiero terminar señalando que estos años nos han ido convenciendo de que **la comunidad no se construye sobre grandes proyectos o ideales sino de desde la aceptación mutua y la apertura a la Palabra de Jesús. Por eso, nuestro compromiso comunitario termina así: “Y sobre todo queremos, que nuestra comunidad sea, lo que Dios quiera”**.

